

Comentarios para la Lección nº 13 de la Escuela Sabática 1^{er} TRIMESTRE DE 2009

CONFIANZA EN EL DON PROFÉTICO

Alberto R. Timm, PhD
Rector del SALT y
Coordinador del Espíritu de Profecía
División Sudamericana de la IASD
Brasilia, DF

La Guía de Estudio de la Biblia para la Escuela Sabática del 1^{er} trimestre de 2009 trató sobre “El don profético en las Escrituras y en la historia adventista”. Después de estudiar doce aspectos fundamentales de este asunto, estamos concluyendo con la lección nº 13, sobre la “Confianza en el don profético”. Este es un tema fundamental para todo aquel que desea ser no solo “oidor de la palabra”, sino también “hacedor” de ella. Santiago nos advierte: “Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, ese es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural; él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era” (Sant. 1:23, 24). En contraste, confiar en el don profético redundará en grandes bendiciones espirituales. De acuerdo con el rey Josafat, “Oídmelo, Judá y habitantes de Jerusalén. Creed en Jehová, vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados” (2 Crón. 20:20).

Antes de entrar en más detalles sobre el tema del presente estudio, es importante que tengamos en mente que existe una tendencia natural, entre el pueblo de Dios, a alabar a los profetas del pasado y rechazar a los profetas más cercanos. Jesús resaltó esta tendencia al decir, en Mateo 23:29, 30 y 34: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos y decís: ‘Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas’ [...]. Por tanto, yo os envío profetas, sabios y escribas; de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad”. Esa tendencia a aceptar retóricamente a los profetas del pasado y rechazar a los del presente se debe, en gran medida, al hecho de que los profetas cercanos condenan más explícitamente nuestros propios pecados, y no solo los pecados de las generaciones más antiguas.

Pero, existen algunos conceptos importantes que pueden ayudarnos a comprender mejor el contexto en que se manifestó el don profético de Elena de White, así como también el énfasis de sus mensajes.

1. La crisis del chasco

Manifestaciones del genuino don profético suceden normalmente en los grandes momentos de la crisis de la humanidad, cuando la verdad y el error están en conflicto, y la verdad necesita ser restaurada (ver Amós 3:7). Pero, ese don también se ha manifestado en el contexto de, por lo menos, dos grandes decepciones, con el propósito de aclarar los acontecimientos proféticos.

La primera de ellas fue la decepción apostólica producida por la muerte de Cristo en la cruz del Calvario. Jesús había predicho reiteradas veces su muerte y resurrección (ver Mat. 16:21; 17:22, 23; 20:17-19; etc.), pero aun así sus discípulos esperaban que él habría “de redimir a Israel” del yugo romano (Luc. 24:21). Fue en el camino hacia Emaús donde Jesús expuso a dos de sus discípulos lo que “de él decían” los profetas del Antiguo Testamento (Luc. 24:13-35). En otras palabras, el mensaje profético de las Escrituras (Luc. 24:27) expuesto por Jesucristo, el más grande de todos los profetas (Luc. 24:19), fue el que ayudó a los discípulos a entender las Escrituras y, como consecuencia, a superar la referida decepción.

Semejante a la decepción apostólica, la decepción millerita de 1844 también produjo una crisis de identidad espiritual en los adventistas que esperaban el regreso de Cristo al término de la gran profecía de las 2.300 tardes y mañanas de Daniel 8:14. Fue el estudio más detenido y profundizado de las Escrituras el que llevó a los primeros adventistas observadores del sábado a comprender lo que realmente estaba involucrado en el asunto del Santuario que debía ser purificado al concluir ese período profético. La primera visión de Elena de White trajo a los decepcionados milleritas la seguridad de que el cálculo profético estaba correcto (ver *Primeros escritos*, pp. 13-20).

Nota: Para un estudio comparativo más profundo entre la “crisis de la decepción apostólica” y la “crisis de la decepción millerita”, ver Luiz Nunes, *Crises na Igreja Apostólica e na Igreja Adventista do Sétimo Dia: Análise comparativa e implicações missiológicas* [Crisis en la Iglesia Apostólica y en la Iglesia Adventista del Séptimo Día: Análisis comparativo e implicancias misiológicas] (Engenheiro Coelho, SP: Imprensa Universitária Adventista, 1999), pp. 9-17, 57-63, 121-123.

2. Enalteciendo las Escrituras

Existen varias declaraciones de Elena de White en las que ella misma afirma que su ministerio profético tenía la intención de llevar a las personas a un compromiso mayor con la Palabra de Dios. Por ejemplo, ella declara que “el Señor ha dado una luz menor para guiar a los hombres y mujeres a la luz mayor” (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 32).

“Si os hubieseis dedicado a estudiar la Palabra de Dios, con un deseo de alcanzar la norma de la Biblia y la perfección cristiana, no habríais necesitado los Testimonios. Es porque habéis descuidado el familiarizaros con el Libro inspirado de Dios por lo que él ha tratado de alcanzarnos mediante testimonios sencillos y directos, llamando vuestra atención a las palabras de la inspiración que habéis

descuidado de obedecer, e invitándoos a amoldar vuestra vida de acuerdo con sus enseñanzas puras y elevadas” (*Joyas de los testimonios*, t. 2, p. 280).

“Pero Dios tendrá en la tierra un pueblo que sostendrá la Biblia y la Biblia sola, como piedra de toque de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Ni las opiniones de los sabios, ni las deducciones de la ciencia, ni los credos o decisiones de concilios tan numerosos y discordantes como lo son las iglesias que representan, ni la voz de las mayorías, nada de esto, ni en conjunto ni en parte, debe ser considerado como evidencia en favor o en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto, debemos cerciorarnos de si los autoriza un categórico ‘Así dice Jehová.’ ” (*El conflicto de los siglos*, p. 595).

Pero la aceptación de la Biblia como “norma de todas las doctrinas y base de todas las reformas” no invalida la manifestación del verdadero don profético, mencionado entre los diferentes dones del espíritu (ver Rom. 12:6; 1Cor. 12:10, 28; Efe. 4:11). T. Housel Jemison, en su libro *A Prophet Among You* [Un profeta entre vosotros], p. 371, menciona que el don profético se manifestó en la vida y obra de Elena de White con el triple propósito de (1) “atraer la atención a la Biblia”; (2) “ayudar en la comprensión de la Biblia”; y (3) “ayudar a aplicar los principios bíblicos en nuestra vida”. En todo este proceso, la Biblia siempre sigue siendo la irremplazable plataforma de la verdad.

“Sobre todo, tomad tiempo para leer la Biblia, el Libro de los libros. Un estudio diario de las Escrituras tiene una influencia santificadora y elevadora sobre la mente. Ligad el Santo Volumen a vuestros corazones. Resultará para vosotros un amigo y un guía en la perplejidad” (*Consejos para los maestros*, p. 131).

3. Exaltando a Cristo

Una de las características más destacadas del ministerio profético de Elena de White es, sin lugar a dudas, la constante exaltación de Cristo. Sus escritos ofrecen una verdadera mina inagotable de declaraciones sublimes sobre Cristo y su obra. A continuación, mencionaremos solo algunas de ellas, por cuestión de espacio.

“Cristo, su carácter y su obra, es el centro y la circunferencia de toda verdad. Él es la cadena a la cual están unidas las joyas de la doctrina. En él se encuentra todo el sistema de la verdad” (*Nuestra elevada vocación* [meditaciones matinales, 1962], p. 18).

“Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fue condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 25).

“Todo el amor paterno que se haya transmitido de generación a generación por medio de los corazones humanos, todos los manantiales de ternura que se hayan abierto en las almas de los hombres, son tan solo como una gota del ilimitado océano, cuando se comparan con el amor infinito e inagotable de Dios. La lengua no lo puede expresar, la pluma no lo puede describir. Podéis meditar en él cada día de vuestra vida; podéis escudriñar las Escrituras diligentemente a fin de comprenderlo; podéis dedicar toda facultad y capacidad que Dios os ha dado al esfuerzo de comprender el amor y la compasión del Padre celestial; y aun queda su infinitud. Podéis estudiar este amor durante siglos, sin comprender nunca plenamente la longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor de Dios al dar a su Hijo para que muriese por el mundo. La eternidad misma no lo revelará nunca plenamente” (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 691).

“Dad a Cristo, en todas las cosas, el lugar primero, el último y el mejor” (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 48).

Además de esto, el libro *El Deseado de todas las gentes* es, sin lugar a dudas, una joya preciosa para comprender la vida y el carácter de Jesucristo. Pero, la sublimidad de su contenido solamente podrá ser debidamente apreciada por aquellos que, con espíritu humilde, estén dispuestos a dejar a un lado su orgullo personal y su autosuficiencia, permitiendo que el poder santificador del Espíritu Santo enterezca su alma.

4. Superando barreras

Los profetas bíblicos siempre fueron objeto de crítica y, en muchos casos, incluso de persecución y muerte (ver Mat. 23:27-35). La actitud del pueblo de Dios en el período anterior al exilio babilónico, para con los profetas que los amonestaban, está bien descrita en 2 Crónicas 36:15 y 16: “Jehová, el Dios de sus padres, les envió constantemente avisos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su morada. Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio”.

El hecho de que Elena de White, en forma similar a los demás profetas bíblicos, haya reprobado el pecado de muchas personas, hacía que algunas de ellas se volvieran contra ella; pero el hecho de que ella exaltó a Cristo y su obra de manera tan magnífica (ver 1 Juan 4:1-3) la transformó en un objeto especial de la ira satánica. No es por casualidad que algunas personas prefieran concentrarse en las tecnicidades (como el asunto del grado de dependencia literaria) de *El Deseado de todas las gentes*, en vez de permitir que su contenido las transforme a imagen y semejanza de Jesucristo.

En cierta ocasión, recibí una llamada telefónica de una señora que estaba muy preocupada por las críticas sobre el referido nivel de dependencia literaria de *El Deseado de todas las gentes* que estaban siendo transmitidas por Internet. Después de aclarar el asunto con ella, mencioné que señaladas informaciones

adicionales sobre el asunto podrían ser encontradas en la obra de Herbert E. Douglass titulada *Mensajera del Señor: El ministerio profético de Elena G. de White* (Asociación Casa Editora Sudamericana, 2000), pp. 456-465. Aparentemente, ella se quedó satisfecha con las aclaraciones. Pero, antes de concluir el diálogo, yo le pregunté: “¿Cree usted que las críticas al libro *El Deseado de todas las gentes* están fortaleciendo más su fe en Dios y su Palabra que el propio contenido del libro?” Y ella reconoció que, involucrada con las críticas, ella estaba perdiendo de vista el maravilloso contenido del libro.

Es cierto que existen asuntos técnicos que, honestamente, no pueden ser simplemente menospreciados e ignorados. Pero, sin desconocer tales asuntos, jamás deberíamos permitir que la forma se sobreponga al contenido. No se olvide de que, difícilmente, el espíritu crítico y la fe andan juntos. En *El conflicto de los siglos*, p. 527, somos advertidos de que “Todos los que buscan motivos de duda los encontrarán”. Debemos permitir que los escritos inspirados, aunque sean tesoros divinos “en vasos de barro” (2 Cor. 4:7), ejerzan su poder transformador y santificador en nuestra vida.

5. Poder transformador

La *Revista Adventista* (Rep. del Brasil) de septiembre de 1983, p. 46, publicó un pequeño artículo escrito por mí, titulado “Santifícalos en la verdad”. Los párrafos que siguen forman parte de dicho artículo.

El conocimiento de la verdad no solo involucra serias responsabilidades, sino también tiende a polarizar a sus investigadores.

El contraste progresivo entre Juan y Judas durante los tres años y medio del ministerio terrestre de Cristo ilustra ese principio. Ambos tuvieron las mismas oportunidades, no solo de conocer lo que es la verdad, sino también de convivir con aquel que es la propia verdad (Juan 14:6). Y el tiempo se encargó de mostrar los resultados. Mientras que uno estaba siendo santificado en la verdad, el otro se hacía gradualmente más inaccesible a los ruegos del Espíritu Santo. “El mismo sol que derrite la cera endurece el barro”, y bajo la presencia del Sol de Justicia, el destino de ambos fue decidido.

Este es un proceso lento, gradual, y en la mayoría de las veces inconsciente, como puede ser observado en la vida de Moisés y Sansón: mientras Moisés no sabía “que la piel de su rostro resplandecía” (Éxo. 34:29), Sansón “no sabía que Jehová ya se había apartado de él” (Juec. 16:20).

El mero conocimiento intelectual de la verdad, destituido de esa impresión santificadora, viene a ser una maldición, pues neutraliza inconscientemente la voz del Espíritu Santo, y a veces solo es reconocida cuando bajo una crisis somos sorprendidos por haber negado o traicionado a nuestro Salvador, a semejanza de Pedro y Judas. Y, de esta forma, “Muchos se perderán esperando y deseando ser cristianos” (*El camino a Cristo*, p. 47).

La causa de que no seamos santificados no está en la verdad, sino en la disposición mental con la que nos aproximamos a ella. Todos tenemos a disposición al mismo Salvador, la misma gracia salvadora y la oportunidad de ser recipientes de esta gracia, pero podemos ser “más exactos en la teoría que en la práctica de la fe” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 548). Podemos estar tan preocupados por la *obra del Señor* que perdemos de vista al *Señor de la obra*.

“Hay muchas personas que poseen religión solamente en grado suficiente para llegar a ser inmunes a una experiencia personal genuina con Jesucristo; y allí está el gran peligro para miles de personas que se proclaman cristianas” (Billy Graham, *Mundo em Chamas* [Mundo en llamas], p. 107). Y “Los incrédulos observan para ver si la fe de los profesos cristianos ejerce una influencia santificadora sobre sus vidas” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 550).

En realidad, la mayor preocupación de los que están involucrados en la investigación de la verdad debe ser si ella está ejerciendo una influencia santificadora en su vida o no. “La voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tes. 4:3), “sin la cual nadie verá al Señor” (Heb. 12:14).

Seamos receptivos a los mensajes proféticos que nos fueron legados, para que nuestra vida sea una respuesta a la oración sacerdotal de Cristo por sus seguidores: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17).